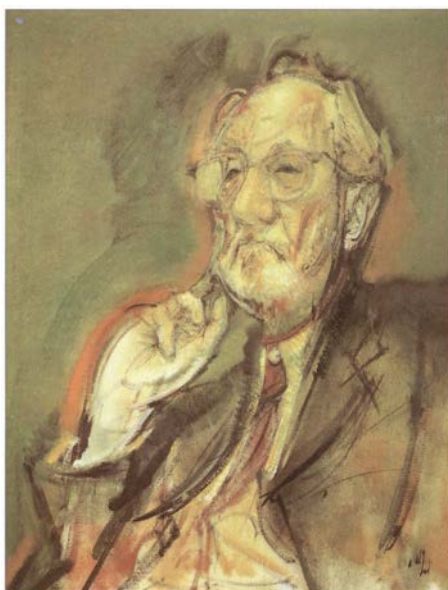


Antonio Pereira

Postulante de la brevedad, mago de la ironía, alquimista de la oralidad, sabio navegante en las brumas del noroeste, hombre afable donde los haya, el villafranquino Antonio Pereira parece pasear siempre con El Bierzo en los bolsillos. Aunque, como sucede en este invierno que languidece, se encuentre en el otero luminoso de su casa madrileña «desde donde casi se ve León...», Allí va siendo fiel a su trabajo, a sus compromisos y a su agenda, especialmente densa desde la reciente aparición de su libro «Me gusta contar», una selección personal de sus relatos que encierra todos los secretos de su narrativa.

Texto: Vicente Pueyo



«Soy un escritor berciano, pero no renuncio a ninguno de los puntos cardinales»



Antonio Pereira junto a Vela Zanetti, recientemente fallecido, y Victoriano Crémer. Un trío de ases de la literatura y del arte pictórico

Estamos hablando de relatos breves, pero es que «La violinista» es un cuento de siete líneas. Esto qué es: ¿Una osadía? ¿Un reto? ¿Un ejemplo?

-«Ni osadía, ni ejemplo de nada. Un reto al lector, esto sí puede ser. El lector ve a «esa chica del violín que en la orquesta está lánguida de melena y a lo mejor se llama María o Claudia» y es él quien debe completar la historia desde su intuición y sensibilidad».

-¿Y «Una novela brasileña»?

-«Son ocho líneas en portugués de Brasil que acaso corroboran dos verdades: el vivero de argumentos que encierran las páginas de sucesos del periódico diario y el derecho a llamarle novela a un texto de tal brevedad por la misma razón que llamamos poema a la vasta «Araucana» y al «No le toques ya más que así es la rosa» de Juan Ramón»,

-¿La obra del escritor limita entre lo que se ha vivido y lo que se es capaz de imaginar? ¿Dónde se encuentra su territorio?

-«Prefiero esquivar esa geografía. Los relatos que más me gustan son aquéllos en que ni yo mismo distingo entre lo vivido y lo soñado».

-Desde la altura de sus años y de su experiencia, ¿reconoce con claridad a quién o a quiénes debe más desde el punto de vista Literario?

-«Reconozco ayudas, consejos, evoco frases de ánimo que en muchos momentos fueron dadas, pero a quien más debo es a la lengua hermosa que aprendí al balbucir mis primeras palabras. «¿Te crees poeta porque escribes en una lengua culta y trabajada, que hace los versos por ti?». La cuestión es de Schiller, nada menos, y me ha hecho pensar muchas veces».

-¿Es imprescindible ser un gran lector para ser un buen escritor o hay algo de lugar común en esta tesis?

-«Para llegar a ser escritor, uno tiene que leer mucho y, sobre todo, leer bien. Cuando ya uno está metido en el oficio, conviene atender más a la propia escritura que a la obra ajena».

-¿El escritor es, inevitablemente, un narcisista? ¿Es un mentiroso consumado?

-«En lo que a mí respecta, soy discretamente vanidoso. El trabajo de escribir es duro, solitario, poco remunerador en lo material, ... ¿no cree que uno tiene derecho a que se lo reconozcan? En lo de mentiroso... no; yo no miento en la vida corriente. Y en mis ficciones, todo es verdad: mi verdad».

-Todo eso del noroeste, del poniente y su influencia literaria, merece una explicación. ¿Un escritor berciano es algo más que un escritor a secas?

-«Me declaro escritor berciano y leonés y del noroeste de la Península (inclúyase con Galicia, las Asturias) Sanabria y tierras de Portugal), pero no renuncio a ninguno de los puntos cardinales: la obra literaria, o es universal o no es nada».

Portada del último libro de Pereira: «Me gusta contar»
que ofrece una cuidada selección de sus relatos.



-Supongamos que vamos a cocinar un cuento de Pereira. ¿Cuáles son los ingredientes que no pueden faltar?

-«Vayamos a la cocina. Lo esencial, tener una buena historia que contar. Sin eso, lo mejor es apagar el fogón y pedir una pizza por teléfono. Si se tiene una buena historia, hay que saber contarla con brevedad e intensidad; y aquí conviene tener a mano algunos ingredientes y condimentos. Por ejemplo: Un estilo amistoso hacia el lector pero que no llegue a confianzudo; un pizco de ironía (pero ¡ojo! sin pasarse hasta el sarcasmo); ternura; y, si lo exige el guion, unos granitos de erotismo...».

-Todo lector, todo buen lector, es un cómplice. En el caso del lector de cuentos, ¿aún lo es más?

-«Afirmativo», como dicen los guardias hablando por teléfono.

-Esa complicidad, ¿se resuelve a veces en cartas de lectores que dan su opinión sobre lo leído?

-«Los que son simplemente lectores no escriben cartas. Quienes sí lo hacen son los lectores que quieren ser escritores ellos mismos, y lo bueno (o lo malo, qué sé yo) es que suelen incluir algún original en petición de dictamen».

-«El cuento es Pereira» proclama la solapa de promoción de su último libro «Me gusta contar» Esta insistencia en el autor de relatos breves, por más que comprensible, ¿no puede dejar injustificadamente en un segundo plano sus incursiones en géneros como la novela o la poesía?

-«Lo de la solapa es sentencia inventada por el editor, y me ruboriza. Lo de que algunos críticos me etiqueten tan drásticamente, con perjuicio para mi actividad en otros géneros literarios, ni me sorprende ni me preocupa. En España somos tan pobres -le oí alguna vez al Nobel de Padrón- que la cosa no da para tener más de una idea sobre una misma persona. Desde luego, sigo con mi poesía. Ahora mismo me llaman para la reedición de mi novela «País de los Losadas», que apareció en su día con buena acogida de la crítica, pero en una tirada que se agotó pronto y ahora no hay quien la encuentre. Y a mí me gusta, francamente me gusta «País de los Losadas».

-¿Están en «Me gusta contar» sus mejores cuentos o, fundamentalmente aquéllos que son sus preferidos?

-«Elegí entre los que considero más estimables, pero también atendí a la variedad, es decir, a que se ofreciese en un solo volumen el panorama de mi narrativa breve. Ahora me queda -lo confieso- el repulgo de decenas de relatos que quedaron fuera, pero no me gustó la idea de dos volúmenes o de que tuviera que imprimirse en letras muy pequeña».

-Ha aludido antes a su amor por la palabra. ¿No da la sensación de que el lenguaje político ha tergiversado de forma obscena las palabras? Uno puede llegar a ser sospechoso si dice España y no Estado español. En los periódicos ya casi nadie se atreve a decir Fuenterrabía ni Orense...

-«Siempre que puedo, yo digo y escribo España. Incluso si no viene a cuento.

España. Puesto que postulo la brevedad, considero contestada plenamente la pregunta. España».

-¿Sería posible meter a este siglo XX, tan pendenciero y lleno de contraluces, en un cuento?

-«La segunda mitad del siglo XX pienso yo que se transparenta, si no en un cuento, sí en el conjunto de mi cuentística. Son cinco décadas de luces y sombras, como suele ocurrir en cualquier tramo de la historia. Terror, o por lo menos miedo, hay en «El hombre de la casa». La perplejidad no está ausente en «Truman Capote cuenta un cuento» o en «Visita impía del Gulbenkian». Esperanza, más o menos explícita, creo que puede encontrarse en cualquiera de mis historias».

-¿Es imposible que el XXI, que ya se otea, sea peor?

-«No recuerdo haberme ocupado nunca de ciencia-ficción o anticipación, pero podemos jugar a ello. No sé si el XXI será mejor o peor, pero será diferente. La sociedad tendrá que acomodarse, por convicción o por necesidad, a la tolerancia e incluso a la resignación. Parece indudable que habrá grandes migraciones; por ejemplo, en la puerta sur de Europa no bastará con que dejemos una rendija porque de otros continentes vendrán a roer ansiosamente los goznes. Si ahora escribiera un cuento situado en el 2020, casi todos mis personajes serían sordos, heridos por el ruido de las calles y de los bares ¡y por el volumen del sonido en las salas de cine! Se curarán mejor las infecciones pero aumentará el número de locos (y de poetas). Los videntes, las nuevas religiones y los vendedores de ilusiones harán su agosto. Y seguirá habiendo libros aunque el libro sea un aparatín conteniendo quinientas obras y con pase de página mediante un soplido o un fruncimiento de cejas del lector. ¿Seguimos?».

-¿«Lo bueno si breve...», es su lema preferido?

-«Sí».



Antonio Pereira peregrino de la imaginación, aparece aquí caminando por sus tierras del Bierzo

-¿Se disfruta más imaginando una historia, o en el acto mismo de escribir?

-«Para hacer una pregunta parecida (a mí y a otros escritores) vino un catedrático de Canadá que luego editó un libro de cuatrocientas páginas: Anthony Percival, «Escritores ante el espejo». Le repetí una frase que se me ocurrió hace años; aquello de que «a mí no me gusta escribir, lo que me gusta es haber escrito»; una confesión que no siempre fue bien entendida. Yo quería decir, y digo, que el acto mismo de escribir suele ser tenso y poco gratificante, que es más placentero el de incubar la historia, y no digamos el momento de haber terminado el trabajo, que eso sí es una gozada».

-En toda vida hay unos pocos acontecimientos determinantes, irrepetibles. ¿Cuáles han sido los suyos? ¿Quizá aquel encuentro con Borges en Buenos Aires está entre esos momentos?

-«Hombre, como determinante, el encuentro que tuve con una chica en la cola del cine leonés El Crucero para ver la película Casablanca, puesto que todavía vivo con aquella chica. Momentos irrepetibles, sí que tengo conciencia de muchos. Y, desde luego, uno es el de Borges en Buenos Aires, paseando juntos por la calle Florida».

-Por cierto, Borges dijo una vez que quizá «El Sur» fuera su mejor cuento. ¿Cuál es, para usted, el mejor?

-«Ciertamente, Borges me dijo que, entre todos sus cuentos, prefería «El Sur», una pieza prodigiosa. Yo estuve de acuerdo, lo comentamos, y le dije al maestro (era verdad) que no recordaba el nombre del protagonista (Dalhmann). Me dijo que él tampoco lo recordaba, y pienso que era mentira; a Borges le encantaba enredar y decir y hacer travesuras. ¿El mejor cuento de Pereira? Citaría algunos que son mis preferidos, pero, si hay que concretar y mojarse, pongamos uno: «Obdulia, un cuento cruel».

-Defíname desde lo hondo a Villafranca...

-«No desde lo hondo; desde lo más epidérmico voy a definirla. Villafranca del Bierzo es el cosquilleo que siento a flor de piel cuando digo su nombre, y más en estos días que se aproxima la pascua florida».

-Y la pregunta que nunca falta: ¿Qué está preparando en estos momentos?

-«Un libro de recuerdos, pero que no huela a naftalina».



El escritor leonés siempre ha tenido admiración por el trabajo de Torrente Ballester con quien aparece en la fotografía captada durante un acto en Galicia.